



AMERICAN NATIONAL CATHOLIC CHURCH

28 de agosto de 2025
Fiesta de San Agustín

Carta Pastoral sobre la Tragedia de la Violencia Armada

Cuando Herodes se dio cuenta de que los Magos lo habían engañado, se enfureció y dio órdenes de matar a todos los niños menores de dos años que había en Belén y en sus alrededores, de acuerdo con el tiempo que había averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo que había sido anunciado por el profeta Jeremías:

*“Se oyó una voz en Ramá,
llanto y gran lamentación,
Raquel llorando por sus hijos
y no quiso ser consolada,
porque ya no existen.”*

— Mateo 2:16-18

Mis queridos hermanos y hermanas en Cristo,

En esta Fiesta de San Agustín, me encuentro reflexionando sobre sus palabras acerca del ministerio del obispo: *“Lo que soy para ustedes me aterra; lo que soy con ustedes me consuela.”* Mientras les escribo hoy, tras otro tiroteo escolar aquí en los Estados Unidos, encuentro consuelo en nuestra fe vivida juntos como Cuerpo de Cristo. Y, sin embargo, comparto con ustedes un profundo dolor y una justa indignación por la violencia armada sin sentido que ha cobrado la vida de dos niños pequeños y ha dejado a muchos otros heridos.

No podemos contemplar tal tragedia y permanecer indiferentes. Estos niños, asesinados incluso mientras oraban en la Misa, son en el sentido más verdadero los nuevos mártires de la Iglesia. Sus muertes exponen una vez más la crisis moral y espiritual en la que se encuentra nuestra nación —una crisis marcada por la parálisis política, por la idolatría de las armas, y por la negativa a reconocer que el llamado “derecho” a poseer armas ha sido puesto por encima de la vida de nuestros hijos.

Como cristianos, nuestros votos bautismales nos llaman a amar a Dios y al prójimo. Tomar las armas contra los niños, o defender sistemas que perpetúan tal matanza, es la negación completa de esa promesa bautismal.

Como Católicos Nacionales Americanos, hemos sido testigos de la distorsión del mandamiento de Cristo de amar. Hemos visto cómo su opción preferencial por los pobres, los vulnerables y los marginados ha sido cooptada por movimientos que se cubren con el

lenguaje del cristianismo, pero que predicán un evangelio de supremacía, exclusión y miedo. Proclaman a un Cristo irreconocible para el alma cristiana.

La historia sigue repitiéndose cuando no se escuchan sus lecciones. El odio, la violencia y la indiferencia crecen donde el amor es silenciado. Pero creo que nosotros, como ANCC, estamos llamados a ser una voz clara e inquebrantable, un signo visible del amor de Dios en el mundo. Debemos trabajar para poner fin a la retórica de división, encontrar un terreno común y acoger con compasión a nuestros hermanos y hermanas inmigrantes, a nuestros hermanos y hermanas LGBTQIA+, y a todos aquellos que han sido radicalizados por voces de odio que resuenan en nuestro mundo.

En esta fiesta, San Agustín nos recuerda el poder del amor para renovar lo que el pecado destruye: *“Las personas se renuevan con el amor. Así como el deseo pecaminoso los envejece, así el amor los rejuvenece.”* En otra homilía nos exhorta: *“Si recibimos la Eucaristía dignamente, nos convertimos en lo que recibimos.”* Como católicos, profesamos que la Eucaristía es la fuente y cumbre de nuestras vidas —la Presencia Real de Cristo entre nosotros. Esa realidad debe encarnarse en nosotros. Recibir la Eucaristía es convertirse en la presencia de Cristo para el mundo: ser agentes de justicia, constructores de paz y portadores de amor.

Hoy, a la sombra de otra tragedia nacional, renovemos nuestro compromiso con esta misión. Encarnemos el amor de Cristo en nuestras vidas y trabajemos incansablemente por una sociedad donde los niños puedan crecer seguros, donde el amor sea más fuerte que el odio y donde la paz sea más poderosa que la violencia.

Que el Dios de la paz nos fortalezca, que el amor de Cristo nos guíe, y que el Espíritu nos renueve en valor y esperanza.

En la paz de Cristo,



Reverendísimo George R. Lucey, FCM
Obispo Presidente
Iglesia Católica Nacional Americana